Apología— Robert Barclay — 78-81

argumentos bíblicos

extracto de la Proposición III § vi, vii, viii

§ vi. ... Hasta el momento hemos demonstrado lo que creemos y lo que no creemos respecto a las Santas Escrituras, y confiamos que les hemos dado su debido lugar. Pero aquellos que insisten que las Escrituras son la única, cierta y principal regla utilizan argumentos con los que quieren probar su doctrina, incluso algunos de la Escritura misma (aunque la Escritura no se declara ese tipo de regla en ningún momento). Por lo tanto voy a describir en breve estas objecciones para contradecirlas, antes de terminar con este tema.

§ vii. La primera objección generalmente se basa en Isaías 8:20, "¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a este verbo, es porque no les ha amanecido." Sostienen que "ley," "testimonio" y "verbo" quieren decir las Escrituras.

Respondo que esto es una petición de principio, y sigue sin prueba. No conozco ninguna razón que nos impida decir con toda certidumbre que tal ley y verbo son interiores. Pero supongamos que fueran externos; esto no comprueba su caso en lo más mínimo, ni tampoco nos contradice. Podemos confesar, sin quitarle validez a nuestra causa, que para los judíos la ley externa era más particularmente la regla que para nosotros; su ley era externa y literal, más la nuestra queda afirmada explícitamente como interior y espiritual bajo el nuevo pacto, como ya hemos dicho. Por lo tanto, en vez de estar en nuestra contra, esta escritura está a nuestro favor....

La segunda objección proviene de Juan 5:39, "Escudriñad las Escrituras," etc.

Aquí, dicen ellos, Cristo mismo nos manda escudriñar las Escrituras.

Respondo que no negamos en lo más mínimo que sí hay que escudriñar las Escrituras. Según lo ya declarado, estamos muy dispuestos a ser probados por las Escrituras. Pero la cuestión es, si son o no son la principal y única regla. Este pasaje está tan lejos de servir de prueba, que en realidad sólo prueba lo opuesto. Porque Cristo los amonesta por valorar demasiado las Escrituras y por no poner atención a él a quien debían preferir por encima de las Escrituras, y a quien rinden testimonio según se declara con las siguientes palabras: "porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida." Esto demuestra que ellos pensaban que tenían vida eterna en las Escrituras, pero no venían a Cristo para tener vida, cosa que las Escrituras testifican. Esto encaja muy bien con nuestro argumento, puesto que hoy en día nuestros adversarios también exaltan las Escrituras y piensan tener vida en ellas, cosa igual a tomar las Escrituras como la única regla principal y único camino hacia la vida; sin embargo se niegan a venir al Espíritu del cual las Escrituras testifican, es decir, a la ley interna y espiritual que es capaz de darles vida. Por lo tanto, la causa de la ignorancia e incredulidad de aquella gente no era ninguna falta de respeto a las Escrituras, que ellos conocían y valoraban muy encarecidamente; sin embargo Cristo testifica en los versículos anteriores que ellos "nunca habían visto al Padre ni oído su voz en ningún momento, tampoco tenían su Palabra morando en ellos." Si hubieran tenido la Palabra morando en ellos, entonces habrían creído en el Hijo.

Además, ese versículo puede leerse en el modo indicativo, "Vosotros escudriñáis las Escrituras," en vez del modo imperativo,* y la palabra en griego permite esa

traducción, y Pasor lo traduce así.[1] Esta parece la traducción más genuina a causa de la amonestación que sigue, como Cirilo comentó hace mucho tiempo.

§ viii. Su tercera objección se basa en estas palabras (Hechos 14:11): "Y estos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así."

Objección: Aquí, dicen ellos, los de Berea son elojiados por escudriñar las Escrituras y por hacerlas su regla.

Yo respondo que lógicamente esto no significa que la Escritura es la regla única y principal; el hecho de que escudriñaban las Escrituras o que eran elojiados por hacerlo no implica nada de eso. Nosotros recomendamos y aprobamos el uso de las Escrituras en esa forma tanto como cualquiera. No se puede deducir de eso que afirmamos que son la regla única y principal.

Segundo, debemos tomar en cuenta que estos eran los judíos de Berea, para quienes estas Escrituras, que eran la ley y los profetas, eran más particularmente una regla. Estaban examinando si el nacimiento, vida, obra, y sufrimientos de Cristo eran el cumplimiento de las profecías que vinieron antes. Por lo tanto era muy apropiado que ellos, siendo judíos, probaran la enseñanza del apóstol con las Escrituras, dado que él aseveraba que su doctrina era el cumplimiento de las Escrituras. Sin embargo, dice primero que "recibieron la palabra con toda solicitud," y en segundo lugar "escudriñaron las Escrituras." No dice que escudriñaron las Escrituras primero y que después recibieron la palabra.

Por último, si fuera verdad que este elojio de los judíos de Berea demuestra que las Escrituras son la única y principal regla para probar la enseñanza de los apóstoles,

[1] Aunque Reina Valera usa el modo imperativo en este versículo, varias otras versiones modernas lo traducen con el modo indicativo

¿que sería de los gentiles? ¿Cómo habrían podido recibir la fe de Cristo, dado que ni conocían las Escrituras, ni las creían? Vemos al final del mismo capítulo que el apóstol, al predicar a los atenienses, escogió otro método. Los guió hacia algo de Dios *dentro* de ellos, para que así *sintieran su senda* hacia él. El apóstol no empezó convirtiéndolos a la religión judía ni a la creencia en la ley y los profetas, y partiendo de allí demostrar la venida de Cristo; no, tomó un camino más corto....

Fuentes: Robert Barclay, *Apology for the True Christian Divinity*, Proposition III §vi, vii, viii (Glenside PA: Quaker Heritage Press, 2002) pp. 78-81 y Roberti Barclaii, *Teologiae verè Christianae apologia*, facsimile (Amsterdam: Jacob Claus, 1676) pp. 47-50.